

Ciudadanismo

LA DEMOCRACIA EN TRES NIVELES

DEMOCRACIA MUNICIPAL – DEMOCRACIA AUTONÓMICA – DEMOCRACIA NACIONAL

Hay algo que se llama coherencia (que unas cosas peguen con otras), virtud a la que suele denominarse “sentido común”. Respecto a lo desvertebrada, o lo que es lo mismo, deshuesada y descoyuntada que está la democracia, que sin paredes ni cimientos luce un enorme techo que teóricamente se aguanta en el aire, y realmente se aguanta en otras cosas que no son democracia.

Respecto a eso recuerdo el invento de la Formación Profesional que nos trajo la Reforma del 90. Sustituyeron la anterior FP de Primer y Segundo Grado (los ordinales cuadraban perfectamente) por un invento genial: la Formación Profesional sería de 3 niveles, TRES. Pero no numerados por ordinales, sino por GRADOS (que en español liso y llano se diría “escalones”). Pues bueno, he aquí que aparecen en todos los desarrollos del sistema el “Grado Medio” (en catalán lo llaman “grado mediano”- “*grau mitjà*”; qué raro, ¿no?) y el Grado Superior. Y bueno, así quedó la cosa, como en el chiste: *van dos y se cae el del medio*. Sí, sí, son dos ¡y uno de ellos queda en medio! Pues nada, que faltaba y sigue faltando el grado que correlativamente a “superior” debería llamarse “inferior”; pero que bueno, podían llamarlo básico, inicial o como fuese. Pero que existiese.

Pues no, no fue así. Llevaban la idea de que ese primer grado tendría que ser una emanación de la ESO (Enseñanza Secundaria Obligatoria). La idea estaba muy clara, pero al no saber cómo concretarla, la dejaron para el final: pensaban en una reedición de las

famosas EATP (Enseñanzas Aplicadas Técnico-Profesionales) del anterior BUP (Bachillerato Unificado Polivalente), pero fue un cachondeo, porque empeñados en que aquello funcionase sólo con fotocopias, tiza y pizarra, se quedaron en unas tristes marías. Y bien, como tampoco para este primer nivel profesional dentro de la ESO tenían presupuesto (y lo de las fotocopias y la tiza se vio que no era una solución “profesional”), pues ahí lo dejaron esperando que ya tendrían alguna feliz ocurrencia. Y no la tuvieron. Esa es la explicación de por qué la Formación Profesional (Módulos los llaman) tiene un grado Medio como el del chiste.

Me he recreado en todo este recorrido porque si uno no lo ve, no se lo cree, y porque con los niveles de participación democrática nos pasa exactamente lo mismo. Tenemos la Democracia Autonómica, que sería la de nivel Medio, y la Democracia Nacional, que vendría a ser la de nivel Superior: como si eso fuese suficiente y se tuviese en pie. Pero nos falta la **Democracia de base**, aquella por la que hay que empezar para ir en orden. ¿Qué hacemos con el Nivel Medio y el Nivel Superior, si nos falta el PRIMER NIVEL, el que constituye el cimiento y la base de la democracia?

Es que nos han hecho creer (y nos hemos tragado el anzuelo, el sedal y hasta la caña) que “Democracia es **votar a un partido** cada cuatro años”, no importa a qué nivel. Y claro, con ese planteamiento no hay ninguna diferencia entre los niveles: todos son iguales, porque siempre se trata de vo-

tar a un partido para que mande (el partido, claro está) en el Gobierno Municipal, en el Gobierno Autonómico o en el Gobierno Nacional. Siempre con listas cerradas, lo que es exactamente igual que votar un logo, como correspondería a un país de analfabetos; siempre votar y absolutamente nada más que votar, como alfa y omega, principio y fin de la democracia.

Y aún esto tendría un pase si los compromisos de campaña tuviesen el valor de contrato del partido (que no de los que éste colocó en la lista) con los votantes. Pero no, no es así. Cuentan los partidos con que el poder no está en las urnas, sino en las pantallas de televisión. Con quien adoptan compromisos por tanto es con los estudios de mercado que les hacen mover la propaganda en una u otra dirección. Pero nada, absolutamente nada que ver con promesas cumplidas o incumplidas; nada que tenga que ver con los programas y con la acción de gobierno; nada que tenga que ver con la democracia. Es el precio que hemos de pagar por necesitar INTERMEDIARIOS: su voracidad es infinita.

En cada uno de los tres niveles de democracia, al ciudadano no le queda más que el voto: un voto cada vez menos responsable, cada vez menos ilustrado, cada vez más producto de marketing. ¿De verdad es eso la democracia? Pues no, si ahí empieza y ahí acaba todo, no lo es: en absoluto. Bien está el televoto en los niveles más remotos: el Autonómico y el Nacional. En esos niveles no hay fórmula posible de auténtica participación y de control

ciudadano al margen de los partidos: ellos nos lo han de hacer todo, casi es inevitable fiarse de ellos por malos que sean, porque nos es imprescindible su intermediación. Pero no es imprescindible que condenemos la democracia a tanta indignancia, porque todavía nos queda el primer nivel, el básico, el de mayor proximidad. Y ahí la democracia no sólo puede, sino que además debe tener un estilo más directo, más auténtico, más ciudadano, sin intermediarios inútiles, que únicamente miran por sí mismos.

En el primer nivel democrático en el que todos nos conocemos, el que hace buenos los otros dos niveles, cada ciudadano tiene dos puntos de proximidad con la democracia: en primer lugar tiene la posibilidad de ejercer de algo más que votante, participando en el proceso de formación de la voluntad colectiva respecto a las cuestiones que le afectan directamente. Es por una parte el debate abierto en la calle, en el vecindario, en los lugares de encuentro, en el buzón de sugerencias, en la web del Ayuntamiento, en las reuniones, en la participación directa en los plenos. Todos esos son recursos que funcionan a nivel vecinal. Y todo ello complementado con la acción directa cuando se trata de forzar un poco más las cosas. Eso como sujeto activo. Como sujeto pasivo, la respuesta del Ayuntamiento a las demandas tanto individuales como colectivas, se sienten a flor de piel. Sin esta democracia, bien poco vale la otra. ■

"ETRURIA" Y "LOS ESTRUSCOS"

Para redondear la reflexión de ayer sobre el término AUTÓCTONO, aportamos esta página de las Meditaciones Etruscas (edición completa en la sección Cuadernos de Ciudadanismo)

No hay más que empezar la lectura de la Guerra de las Galias para entender que no sólo para los romanos, sino también para todas las culturas, el nombre y la personalidad jurídica pertenecen al **pueblo**, siempre el mismo, y no al **territorio**, tan elástico.

Por eso en latín se escribe el nombre-adjetivo del pueblo en mayúscula: los Griegos, los Romanos, los Etruscos... *Gallia est omnis divisa in partes tres, quarum unam incolunt Belgae, aliam Aquitani, tertiam qui ipsorum lingua Celtae, nostra Galli appellantur*. “Toda la Galia está dividida en tres partes, de las que una la cultivan los Belgas, otra los Aquitanos, y la tercera los que en su lengua se llaman Celtas y en la nuestra Galos”. Y a continuación describe César los “actuales” límites geográficos de cada uno de ellos. Pero lo primero que resplandece es que no toda la Galia, sino tan sólo una parte, es la tierra de los Galos.

Los pueblos son sujeto, los territorios objeto. Los Celtas siempre son el mismo sujeto, tanto si son un pueblo en el sentido racial como si lo son en sentido político o civil. Si el territorio (unido o fragmentado) en que viven los Celtas tuviese que ser y llamarse necesariamente Celtia, estaría cambiando continuamente sus límites: unas veces el país sería inmenso, otras veces mínimo; en unas épocas estaría unificado y en otras fragmentado, ya sea política, ya geográficamente.

Por eso cuando hablamos de “los Etruscos” nos referimos a una realidad humana que fue evolucionando durante un milenio, con momentos de expansión, de hegemonía incluso y con momentos de recesión. En cambio cuando hablamos de Etruria hacemos referencia a una región que sólo en un momento de la historia coincide con la totalidad del pueblo Etrusco.

Otro tanto ocurre con Iberia y los Iberos, a los que da nombre el Iber (nombre común de río), que tanto puede ser el Ebro como el Guadalquivir, como el conjunto de los grandes ríos. **Todo pueblo es tan GEOGRÁ-FICAMENTE ELÁSTICO como su historia.** Por eso los romanos, ellos más que nadie, que fueron removiendo la geografía propia y del resto de pueblos contiguos, no reconocen en absoluto la vinculación Pueblo-Territorio. Hoy en cambio, en aras de la estabilidad de fronteras, la gran política se hace concediendo a los territorios personalidad y protagonismo por encima de los pueblos que los habitan.

Pero aún hay más: siguiendo con César observamos que no sólo el territorio es elástico y por eso ni siquiera tiene nombre. Es que antes de llegar a la plena civilización

su hábitat es tan efímero que se permiten quemarlo para salir a una campaña bélica. Bien al principio del *De Bello Gallico*, aparecen los *Helvetii* (los que hoy dan nombre a la CH, *Confederatio Helvetica*, es decir Suiza) que, cuando creyeron estar preparados para la expedición, “*oppida sua omnia, numero ad XII, vicos ad CD, reliqua privata aedificia INCENDUNT*”. INCENDIAN todas sus ciudades, aproximadamente 12; unas 400 aldeas y el resto de edificios privados (seguramente que dejarían en pie los templos o cualquier otro tipo de construcción religiosa).

No debe extrañarnos, pues, que en el seguimiento de las huellas de un pueblo veamos que se desplazan sus poblados incluso kilómetros conservando el mismo nombre; porque por lo general es el pueblo, a menudo su lengua, e incluso su religión el que da nombre al lugar, y no a la inversa.

Y una última reflexión para entender la modernidad iniciada por los romanos por lo que a nuestra cultura territorial respecta: desde ellos hacia acá, tan desvinculada está la tierra del pueblo que la habita, que finalmente por obra y gracia de Roma ya no es el pueblo el que ostenta el nombre, sino el territorio; en este caso, llamado todo él Roma, con el nombre de la ciudad. Y sus habitantes, mezcla de numerosos pueblos, recibieron todos ellos el nombre de Pueblo Romano, uno solo. El gran privilegio en todo el imperio fue tener el título y las prerrogativas de CIUDADANO, es decir de miembro de la ciudad. Y a lo largo de los siglos gozaron de este título una multitud de pueblos y razas. Es decir que Roma se dedicó durante siglos a eliminar, con frecuencia bien a su pesar, diferencias étnicas y raciales y a mezclar los pueblos bajo una misma *civitas*, bajo un mismo derecho común.

Y ese fenómeno que inició Roma y del que tantos nostálgicos de instantes del pasado seleccionados arbitrariamente se lamentan, ese fenómeno tiene su continuidad en los territorios con sistema político más abierto y cosmopolita del planeta. Ya no es posible darle a ningún territorio políticamente moderno el nombre de un pueblo, porque en esos territorios es justamente la mezcla de pueblos y culturas, es la simbiosis el mayor signo de identidad colectiva.

Tiempos antiguos dieron el nombre de Mar Tirreno (mar de los Etruscos) al mar interior que queda al occidente de la península Itálica, limitado por ésta y por la línea de islas e islotes dominada por Córcega y Sicilia. Éste fue el primer “*Mare Nostrum*”, el de la prehistoria romana, que luego el imperio romano ampliaría a todo el Mediterráneo.

La toponimia, una huella tan persistente del paso de los pueblos por la tierra, conservaría la memoria de los Etruscos en los nombres de Tuscia, Tuscania y Toscana.

Obsérvese en cualquier caso que ni el pueblo etrusco ni el pueblo romano existen ya. Han sido dominados por nuevas y superhíbridadas realidades étnicas que ya ni siquiera tienen nombre como tales. En la geopolítica moderna los territorios se han convertido en sujeto principal y con personalidad, siendo totalmente variables los pueblos que los habitan. ■